

3. Verdadera Libertad en la Adoración

Nabucodonosor el rey hizo una estatua de oro. Según la cronología de Usher, habían transcurrido veintitrés años desde que el sueño registrado en el segundo capítulo de Daniel le había sido dado a este mismo Nabucodonosor. Como resultado de la experiencia de aquel entonces, Daniel fue nombrado consejero, sentándose a la puerta del rey, y Sadrac, Mesac y Abednego fueron designados gobernantes en la provincia de Babilonia. Muchas oportunidades se habían presentado a estos hombres de Dios, y ellos habían mantenido el conocimiento de su Dios ante el pueblo de Babilonia. Entre tanto, Jerusalén había sido destruida. Los judíos, como nación, estaban dispersos por todo el reino de Nabucodonosor; su rey, Joaquín languidecía en una de las prisiones de Babilonia. Era un tiempo de tristeza y luto para el pueblo escogido de Dios. ¿Sería posible que Él los hubiera olvidado, Él que hirió a Egipto y guio a los ejércitos a través del Mar Rojo? Según la vista humana, así era.

Nabucodonosor había sido humillado cuando Daniel interpretó su sueño; entonces había adorado a Dios; pero a medida que pasaron los años, perdió el espíritu que caracterizaba la verdadera adoración, y aunque en su mente reconocía al Dios de los judíos, en su corazón seguía siendo pagano. Hizo una estatua de oro, modelándola lo más parecido posible a la imagen que se le había revelado en su sueño, al mismo tiempo que gratificaba su propio orgullo, pues toda la figura era de oro. No había rastro de los otros reinos que estaban representados en el sueño. Se levantaba en la llanura de Dura, elevándose al menos cien pies sobre el terreno circundante y visible por millas en todas direcciones.

El decreto fue emitido por Nabucodonosor, llamando a la capital a los gobernadores y gobernantes de provincias de todo el mundo. Él, el gobernante de reinos, mostró así su autoridad. Fue una gran ocasión, y los reyes y gobernadores súbditos no se atrevieron a desobedecer los mandatos de este rey universal.

El cielo observaba con intenso interés, porque esta era la ocasión en que la más alta autoridad mundana se encontraría con el gobierno de Dios.

Babilonia no solo era el gobierno más grande y más poderoso en los días de Nabucodonosor, sino que era un símbolo de los gobiernos terrenales de todos los tiempos; y por esa razón tenemos el registro tal como se presenta en el tercer capítulo de Daniel.

Como rey, tenía todo el derecho de convocar a sus súbditos. Como súbditos, era deber de los convocados obedecer.

Cuando aquella gran compañía se hubo reunido alrededor de la imagen en la vasta llanura, se oyó la voz del heraldo: "En el momento en que oigáis el sonido... de toda clase de música, os postraréis y adorareis la imagen de oro... El que no se postre y adore, en la misma hora será echado en medio de un horno de fuego ardiente".

«Fíense en el Señor para siempre, porque en Jehová el Señor está la fortaleza eterna.» (Isaías 26:4)

Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren. Pero del culto espiritual, el paganismo es completamente ignorante. Excepto que haya alguna forma, alguna imagen ante la cual puedan inclinarse, para ellos no puede haber adoración. Estaba totalmente de acuerdo con la religión, la educación y el gobierno de Babilonia que el rey erigiera una imagen como la que hizo. Estaba totalmente en armonía con la costumbre —educativa, religiosa y civil— que el pueblo en general respetara un mandato de adorar tal imagen.

Aunque estaba en armonía con el gobierno mundano, no lo estaba, sin embargo, con los principios del gobierno celestial. Por lo tanto, es que nuevamente, en la persona del rey babilónico, Satanás desafía el gobierno de Dios. Cuando Lucifer y sus ángeles se negaron a inclinarse ante el trono de Dios, el Padre no los destruyó entonces. Se les permitió vivir hasta que la muerte les llegara como resultado del curso que siguieron. El rey babilónico, sin embargo,

amenazó con la destrucción total a todos los que se negaran a adorar su imagen de oro. La fuerza motriz en el gobierno celestial es el amor; el poder humano, cuando se ejerce, se convierte en tiranía. Toda tiranía es una repetición de los principios babilónicos. A veces la llamamos papal; también es babilónica. Cuando el poder civil impone la adoración de cualquier tipo, sea esa adoración verdadera o falsa en sí misma, obedecer es idolatría. El mandato debe estar respaldado por alguna forma de castigo —un horno de fuego—, y la conciencia del hombre ya no es libre. Desde un punto de vista civil, tal legislación es tiranía; vista desde un punto de vista religioso, es persecución.

La vasta multitud se postró ante la imagen, pero Sadrac, Mesac y Abednego permanecieron erguidos. Entonces fue que ciertos caldeos, maestros en el reino, celosos de la posición y el poder de estos hebreos, habiendo esperado una oportunidad para acusarlos, le dijeron al rey: "Hay ciertos judíos a quienes has puesto sobre los asuntos de la provincia de Babilonia... estos hombres no te han considerado".

¿Será posible, pensó el rey, que cuando la imagen está hecha a imagen de la que me mostró el Dios de los judíos, esos hombres, Sadrac, Mesac y Abednego, no hayan adorado a mi mandato? ¿Es posible que, cuando he elevado a esos hombres, que eran solo esclavos, a altas posiciones en el gobierno, ellos desobedezcan mis leyes? El pensamiento se arraigó en el corazón del rey. La autoexaltación no admite oposición, y los hombres fueron llamados de inmediato a la presencia de Nabucodonosor.

"¿Puede ser verdad, oh Sadrac, Mesac y Abednego, después de todo lo que se ha hecho por vosotros, que no sirváis a mis dioses ni adoréis la imagen que he erigido?" La razón para hacer la imagen fue, sin duda, explicada, y se les ofreció otra oportunidad para que pudieran redimir la ofensa pasada. Pero si fue una desobediencia voluntaria a la autoridad, la ley del país debería ser aplicada. El rey les señaló el horno como esperando a traidores y rebeldes.

¡Qué prueba de fidelidad para estos tres compañeros de Daniel! Se dieron cuenta de que estaban en presencia no solo del monarca más rico de la tierra, y que la desobediencia significaba la muerte, y ante las multitudes reunidas en la llanura de Dura, sino que eran un espectáculo para Dios, para los ángeles y para los habitantes de otros mundos. El universo entero observaba con inexpresable interés para ver qué harían estos hombres. La controversia no era entre el hombre y Satanás, sino entre Cristo y Satanás, y principios eternos estaban en juego. Los hombres eran actores en la contienda. Podrían presentarse como testigos de Cristo o de Satanás en este tiempo de decisión. ¿Permitirían que una emoción no santificada se apoderara de sus vidas y comprometiera su fe? ¿Qué valor podría tener una religión que admitiera el compromiso? ¿Qué valor puede tener cualquier religión si no enseña lealtad al Dios del cielo? ¿Qué hay de valor real en el mundo, especialmente cuando se está al borde de la eternidad, a menos que sea el reconocimiento de Dios de nosotros como Sus hijos?

Estos jóvenes hebreos habían aprendido de la historia del trato de Dios con los israelitas en tiempos pasados que la desobediencia solo traía deshonra, desastre y ruina; y que el temor del Señor no solo era el principio de la sabiduría, sino la base de toda verdadera prosperidad. Por lo tanto, con calma y respeto le dijeron al rey que no adorarían su imagen de oro, y que tenían fe en que su Dios era capaz de protegerlos.

El rey se enojó. Su espíritu orgulloso no podía tolerar esta negativa a obedecer su decreto. Ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo habitual, y que los hombres más **poderosos** de su ejército ataran a estos tres hebreos y los arrojaran al fuego. Así se hizo, pero Dios en este acto comenzó a vindicar a sus hijos fieles. El horno estaba tan excesivamente caliente que los hombres poderosos que arrojaron a los hebreos al fuego fueron ellos mismos destruidos por el intenso calor.

Dios no permitió que la envidia y el odio prevalecieran contra Sus hijos. ¡Cuán a menudo los enemigos de Dios han unido su fuerza y sabiduría para destruir el carácter y la influencia de unas pocas personas humildes y confiadas! Pero nada

puede prevalecer contra aquellos que son fuertes en el Señor. La promesa es: *La ira del hombre te alabará.*

Dios preservó a Sus siervos en medio de las llamas, y el intento de forzarlos a la idolatría resultó en llevar el conocimiento del Dios verdadero ante la asamblea de príncipes y gobernantes del vasto reino de Babilonia. *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.* Todas las cosas son posibles para aquellos que creen. *Todo lo que pidieréis en oración, creed que lo recibiréis, y os vendrá.* Dios no siempre obra la liberación de la manera que creemos mejor, pero Aquel que ve todo desde el principio, sabe lo que traerá honor y alabanza a Su nombre.

De repente, el rey palideció de terror. Miró fijamente en medio del horno de fuego, y se volvió hacia los que estaban cerca de él con las palabras: “¿No echamos a tres hombres atados en medio del fuego?” Ellos respondieron: “Cierto, oh rey”. Entonces el rey dijo: “He aquí, veo a cuatro hombres sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir daño alguno; y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios”.

¿Cómo reconoció el rey la forma del Hijo de Dios? Evidentemente por las enseñanzas de los judíos en la corte de Babilonia y en el recuerdo de su visión. Daniel y sus compañeros siempre habían procurado llevar ante el rey, los príncipes y los sabios de Babilonia el conocimiento del Dios verdadero. Estos hebreos, ocupando altos cargos en el gobierno, se habían asociado con el rey; y como no se avergonzaban de su Dios, habían honrado y dado gloria al Señor siempre que la oportunidad lo permitía. El rey había oído de sus labios descripciones del Ser glorioso a quien servían; y fue por esta instrucción que pudo reconocer a la cuarta persona en el fuego como el Hijo de Dios. El rey también comprendía el ministerio de los ángeles, y ahora creía que los ángeles habían intervenido en favor de estos hombres fieles que entregarían sus cuerpos al castigo antes que consentir con sus mentes en servir o adorar a cualquier Dios que no fuera el suyo propio. Estos hombres eran verdaderos misioneros. Ocupaban puestos de honor en el gobierno y, al mismo tiempo, dejaban que la luz

del evangelio brillara a través de sus vidas. Este milagro fue uno de los resultados de sus vidas piadosas.

Con amargo remordimiento y sentimientos de humildad, el rey se acercó al horno y exclamó: “Sadrac, Mesac y Abednego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid aquí”. Así lo hicieron, y todos los ejércitos de la llanura de Dura fueron testigos del hecho de que ni siquiera el olor a fuego estaba en sus vestiduras, y ni un cabello de su cabeza había sido chamuscado. Dios había triunfado por la constancia de sus fieles siervos. La magnífica imagen fue olvidada por la gente en su asombro, y la solemnidad invadió la asamblea.

Lo que los judíos como nación no habían logrado hacer al proclamar la verdad a las naciones del mundo, Dios lo **logró** bajo las circunstancias más difíciles, con solo tres hombres. La historia de la liberación milagrosa fue contada hasta los confines de la tierra. Los principios de libertad religiosa y libertad de conciencia fueron conocidos. La historia de los judíos pasó de boca en boca mientras aquellos familiarizados con los tres hebreos preguntaban quiénes eran y cómo llegaron a Babilonia. El Sábado fue proclamado. La historia de la educación judía fue dada a conocer. La gloria de Babilonia fue olvidada por un tiempo, mientras el esplendor del reino celestial y los principios del gobierno de Dios se convirtieron en el tema absorbente. Sin duda, algunos hombres dataron su conversión desde ese día, y se pusieron en marcha fuerzas que allanaron el camino para el regreso de los judíos unos años más tarde.

De nuevo el monarca pagano es llevado a reconocer el poder del Rey del cielo. Cuando Daniel interpretó el sueño, la sabiduría mundana y el aprendizaje de las escuelas babilónicas cayeron ante la sencilla enseñanza del evangelio llevada a cabo por madres fieles en Israel. Cuando los tres hebreos fueron salvados del calor del horno, los principios del gobierno de Dios —el verdadero protestantismo, como se le llamaría hoy en día— fueron proclamados ante las naciones de la tierra.

Fue solo una apreciación parcial de estos principios lo que Nabucodonosor obtuvo al principio; sin embargo, llevó al decreto de que en todo el dominio, dondquiera que un judío pudiera vivir, nadie debía hablar contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego. Esto dio libertad a cada creyente para adorar sin ser molestado. Satanás, al intentar destruir a los hebreos, había sobrepasado los límites, y en lugar de la muerte de tres, se concedió vida a miles.

La cronología de Usher sitúa la fecha de emisión de este decreto veintiséis años después de que Daniel fuera llevado cautivo a Babilonia; pero es muy probable que la fecha exacta fuera el momento en que el profeta Jeremías dijo a Sedequías, rey de Judá, que si se entregaba en manos de los príncipes del rey de Babilonia, Jerusalén no sería destruida. Poco tiempo antes, el mismo profeta había llegado a Sedequías, diciendo: *Así dice el Señor: No os engañéis a vosotros mismos, diciendo: Ciertamente los caldeos se apartarán de nosotros; porque no se apartarán, pues aunque hubiereis herido a todo el ejército de los caldeos que pelean contra vosotros, y solo quedasen entre ellos hombres heridos, aun así se levantarían cada hombre en su tienda, y quemarían esta ciudad con fuego.*

Sin duda, a Sedequías le pareció extraño que el mismo profeta, un poco más tarde, volviera a él diciendo: *Así dice el Señor, el Dios de los ejércitos, el Dios de Israel: Si en verdad sales a los príncipes del rey de Babilonia, entonces tu alma vivirá, y esta ciudad no será quemada con fuego; y vivirás tú y tu casa.*^{p. 52^},

Sedequías caminó por vista y no por fe, y por falta de fe para creer a Dios, lo perdió todo. Su vista solo percibía al ejército babilónico y a los judíos, y temió obedecer. La fe lo habría llevado a obedecer el mandato de Dios, independientemente de cualquier obstáculo que la vista pudiera haber presentado.

Dios nunca nos manda a realizar imposibilidades; Él siempre con el mandato prepara el camino, si nosotros por fe avanzamos y obedecemos. Si Sedequías hubiera sabido que se había emitido un decreto en Babilonia prohibiendo a

cualquiera incluso pronunciar una palabra contra el Dios de los hebreos, sin duda habría obedecido rápidamente.

Dios había hecho toda provisión para salvar a Jerusalén, la ciudad de Su elección, y el templo donde Su presencia visible había morado durante tantos años. Pero los planes del Cielo fueron frustrados por el corazón dubitativo de aquel a quien Dios había confiado la supervisión de Su obra en la tierra. En vano suplicó el profeta del Señor: *Te ruego, obedece la voz del Señor que te hablo.* Pero los ojos de Sedequías estaban cegados por las cosas terrenales, midió el mensaje de Dios con su propia mente. Solo vio una aparente contradicción en el mensaje que, si se creía, llevaba las buenas nuevas de la victoria. Si Sedequías hubiera salido hacia los caldeos, nadie se habría atrevido a ponerle las manos encima, pero como muchos otros, perdió la oportunidad de toda una vida por temor a confiar en Dios. A pesar de que el profeta del Señor le dijo claramente que si no obedecía causaría que Jerusalén fuera quemada con fuego, aun así temió obedecer la palabra del Señor.

Sedequías era ajeno a la fe que permitió a Sadrac, Mesac y Abednego entrar en el horno de fuego antes que deshonrar a su Señor.

La prueba en las llanuras de Dura fue el acto culminante en la vida de los tres hebreos. **«Nuestro Dios a quien servimos es capaz de librarnos.» (Daniel 3:17)** Se nos dice que fueron promovidos a posiciones más altas en la provincia de Babilonia, pero no volvemos a saber de ellos. En el tiempo de prueba no sabían que el Señor los libraría del horno, pero tenían fe para creer que Él tenía poder para hacerlo si era Su voluntad. En esos tiempos, se necesita más fe para confiar en que Dios cumplirá Sus propósitos a Su manera que para creer a nuestra propia manera. Es la ausencia de esta fe y confianza en tiempos críticos lo que trae perplejidad, angustia, temor y presagios de mal. Dios siempre está dispuesto a hacer grandes cosas por Su pueblo cuando ponen su confianza en Él. *La piedad con contentamiento es grande ganancia.*

Rara vez nos encontramos en las mismas circunstancias dos veces. Abraham, Moisés, Elías, Daniel y otros fueron duramente probados, incluso hasta la muerte, pero cada prueba llegó de una manera diferente. Cada individuo tiene una experiencia peculiar a su propio carácter y circunstancias. Dios tiene una obra que realizar en la vida de cada individuo. Todo acto, por pequeño que sea, tiene su lugar en nuestra experiencia de vida. Dios está más que dispuesto a guiarnos por el camino correcto. Él no ha cerrado las ventanas del cielo a la oración, sino que Sus oídos están siempre abiertos a los clamores de Sus hijos, y Su ojo vigila cada movimiento de Satanás para contrarrestar Su obra.

Sadrac, Mesac y Abednego eran hombres de pasiones semejantes a las nuestras. Sus vidas se presentan para mostrar lo que el hombre puede llegar a ser incluso en esta vida, si hace de Dios su fuerza y aprovecha sabiamente las oportunidades a su alcance. Entre los cautivos del rey que tuvieron ventajas similares, solo Daniel y sus tres compañeros dedicaron todas sus energías a buscar sabiduría y conocimiento de Dios tal como se revela en Su Palabra y obras. Aunque después ocuparon altos puestos de confianza, no eran ni orgullosos ni autosuficientes. Tenían una conexión viva con Dios, amándolo, temiéndolo y obedeciéndolo. Dejaron que su luz brillara con un **brillo** inalterable, mientras ocupaban puestos de responsabilidad. En medio de todas las tentaciones y fascinaciones de la corte, se mantuvieron firmes como una roca en la adhesión a los principios.

El cumplimiento directo de los requisitos bíblicos y la fe en Dios traerán fuerza tanto a la voluntad como al cuerpo. El fruto del Espíritu no es solo amor, gozo y paz, sino también **templanza**. Si estos jóvenes hubieran transigido con los oficiales paganos al principio, y cedido a la presión de la ocasión comiendo y bebiendo según la costumbre de los babilonios, en contra de los requisitos de Dios, ese único paso en falso habría llevado a otros, hasta que sus conciencias se habrían **cauterizado**, y habrían sido desviados por caminos equivocados. La fidelidad en este punto los preparó para resistir una tentación mayor, hasta que finalmente se mantuvieron firmes en esta prueba crucial en la llanura de Dura.

El tercer capítulo de Daniel puede estudiarse provechosamente en relación con el mensaje al que se hace referencia en el decimotercer capítulo de Apocalipsis. Los principios son los mismos en ambos. Todo el mundo fue llamado a adorar la imagen erigida en la provincia de Babilonia; al negarse, sufrirían la muerte. En Apocalipsis se muestra una imagen de la bestia —gobiernos en la tierra que establecerán leyes contrarias a los requisitos de Dios. Se dará vida y poder a esta imagen, y hablará y decretará que cuantos no la adoren serán muertos. A todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les exigirá recibir una marca en la mano derecha o en la frente. Los hombres serán privados de sus derechos por no adorar esta imagen; porque a nadie se le permitirá comprar o vender si no tiene la marca, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.

¿Quién será capaz de resistir la prueba cuando se haga cumplir este decreto de adorar la imagen de la bestia? ¿Quién preferirá *sufrir aflicción con el pueblo de Dios antes que gozar de los deleites temporales del pecado*? ¿Qué niños están siendo ahora entrenados y educados en estos principios de integridad hacia Dios? ¿De qué hogares saldrán los Danieles y Mesacs? Esta será la prueba final que se impondrá a los siervos de Dios. Las escenas retratadas en el tercer capítulo de Daniel son solo una representación en miniatura de esas pruebas por las que el pueblo de Dios pasará a medida que se acerque el fin.